



El abrazo de la serpiente o cómo la selva te convierte en un hombre

El tercer largometraje de Ciro Guerra, *El Abrazo de la Serpiente* (2015), cuenta la historia de Karamakate, un poderoso chamán ya mayor, último representante de los cohuanos, que ha perdido todos sus recuerdos y vive solo en la densidad de la selva amazónica. Supo tener el conocimiento y el poder ancestral de su pueblo y su misión era poder transmitirlo. Pero su pueblo ya no existe. Ha sido aniquilado por el hombre blanco que ha venido a esas tierras a evangelizar y a hacer negocios con el árbol del caucho. Hoy Karamakate es un *chullachaqui*, como él mismo dice, una cáscara de hombre, un ser vacío, privado de emociones y recuerdos.

Sin embargo, un encuentro azaroso con el botánico estadounidense Richard Evans Schultes lo llevará a emprender un viaje en busca de una planta sagrada, la yakruna. En ese viaje, se disparará el recuerdo de otro viaje que Karamakate, cuarenta años antes, joven y en toda su potencia, hizo al lado del moribundo etnólogo alemán Theodor Koch-Grünberg en busca de la misma planta.

Ambos viajes, recorridos espejo de Karamakate y de los dos científicos, mostrarán el adn de una geografía cargada de misterio, mito, magia y realidad, que fue, desgraciada y cruelmente, devastada por la codicia y la ignorancia del hombre blanco. Por supuesto, esos viajes también mostrarán

una transformación, sólo posible gracias a ese misterio profundo y sagrado del mundo indígena amazónico.

"No me es posible saber si ya la infinita selva ha iniciado en mí el proceso que ha llevado a tantos otros a la locura total e irremediable.

Si es el caso, sólo me queda disculparme y pedir tu comprensión, ya que el despliegue que presencié durante esas encantadas horas fue tal que me parece imposible describirlo en un lenguaje que haga entender a otros su belleza y esplendor; sólo sé que cuando regresé, ya me había convertido en otro hombre."

Theodor von Martius, Amazonas 1909

Epígrafe de la película tomado de los diarios de viaje de Theodor von Martius.

Los diarios de viajes

Theodor Koch-Grünberg y Richard Evans Schultes, los dos científicos que se encuentran con Karamakete en dos momentos bien diferentes de su vida, existieron y fue sobre sus diarios de viaje que esta película fue ideada por Ciro Guerra. De hecho, ambos hicieron aportes fundamentales a la ciencia y al descubrimiento de nuevas plantas y territorios de la amazonia colombiana. Theodor Koch-Grünberg investigó el noroeste del Amazonas colombiano y el alto del Orinoco. Convivió con los habitantes del Río Negro entre 1903 y 1905 y sus escritos presentan fuertes críticas a la situación de opresión y maltrato que sufrían los indígenas. Enfermó de malaria y falleció en Vista Alegre, durante la expedición que pretendía conocer el nacimiento del río Orinoco.



Richard Evans Schultes admiraba el trabajo de Koch-Grünberg y la película lo demuestra al mostrarlo con el libro de su antecesor alemán. Trabajó en la región del noroeste amazónico y recolectó 30.000 especímenes de plantas, de los cuales 300 eran hasta entonces desconocidos por la ciencia. Hizo particular énfasis en el uso de plantas medicinales, alimenticias y ceremoniales y sus estudios versaron sobre los sistemas ideológicos y cosmológicos de varias sociedades indígenas del Amazonas. De hecho, según la literatura científica, Schultes descubrió para occidente el yagé, o ayahuasca o caapi, que junto con la yakruna son plantas medicinales,

sagradas. Estas son consumidas en ceremonias y tratadas con enorme respeto ya que, como cuentan los mitos de origen, son un regalo de los dioses.

Buscar una planta

Theodor Koch-Grünberg está enfermo y ningún médico o chamán puede curarlo. Sólo Karamakete, el que mueve mundos, un chamán cohiuano joven y recluido, puede ayudarlo, dicen. Él, que desconfía, y con buen tino, de los blancos, se reusará pero, al saber que el alemán conoce el sitio donde están otros de su mismo pueblo, accede a emprender con él un viaje en busca de lo único que puede salvarlo: una planta, la yakruna.

Richard Evans Schultes no está enfermo, sin embargo, cuatro décadas más tarde, busca también esta planta. Evidentemente, lo hará por impulso científico, porque le interesan sus propiedades, pero también él carga con algo: nunca ha soñado. Aunque físicamente esté sano, algo suyo, psíquico, álmico, no lo está. La ciencia se ha comido su capacidad de soñar.



¿Por qué buscar una planta? ¿Por qué tanto interés? La yakruna es una planta medicinal. Es decir, una planta que sana. Es lo que se llama un “enteógeno”: una sustancia vegetal o un preparado de sustancias vegetales con propiedades psicotrópicas. “Enteógeno” significa también que trae a dios en sí, por lo que la experiencia con esta planta es, en este sentido, una experiencia sagrada y espiritual. Su uso es

ceremonial y permite alcanzar estados alterados de conciencia. Es una purga para el cuerpo y para el espíritu.



Escena de la primera ceremonia con caapi de Theodor Koch-Grünberg junto con el joven Karamakate.

Se la conoce también como planta maestra, ya que su ingesta, enseña, y por supuesto, tiene un valor sagrado dentro de las comunidades indígenas que practican estas ceremonias. De hecho, sólo aquellos preparados, los chamanes, pueden guiar el encuentro con una planta sagrada, ya que son ellos los encargados de que la sanación sea efectiva al ponerse en contacto con los espíritus de la selva para recuperar las almas de los pacientes. Un hombre con una alma enferma es un hombre enfermo, y de curar a esa alma se trata.



La mitología alrededor de la planta sagrada es vastísima, y vale la pena detenerse en ella. De hecho, Richard Evans Schultes, en su estadía en el Amazonas, recuperó varios de esos mitos. Uno de ellos es un mito de origen y cuenta que “la primera gente” llegó desde la Vía Láctea en una canoa tirada por una anaconda, un hombre, una mujer y tres plantas: la yuca, la coca y el yagé o caapi. Descendieron en un lugar ubicado cerca de la confluencia

del río Piraparaná y el Apoporis, que se encuentra casi en la línea ecuatorial. En *El Abrazo de la Serpiente*, Manduca, el acompañante indígena de Theodor, pregunta en un momento a Karamakate si ese lugar donde están es donde llegó la anaconda. Se refiere a ese mito.

Aquellos científicos, como Richard Evans Schultes por ejemplo, que estudiaron los usos ceremoniales de la yakruna, o yagé, o caapi, coinciden en que el uso persistente de alucinógenos es testimonio de un conocimiento profundo de la química de las plantas y uno de los componentes de la rica farmacopea de los amerindios.



Imagen que ve Richard Evans Schultes durante la toma de yakruna.

La naturaleza y el hombre. La selva y el caucho.

Una de las principales características de la selva tropical colombiana es su enorme diversidad y la gran complejidad de las interrelaciones presentes entre los elementos que forman ese ecosistema. Ahí se albergan cerca del 17% de las especies de flora del planeta. Desafortunadamente, en la actualidad la destrucción de las selvas tropicales es grande: mientras que en el pasado cubrían el 16% del planeta, hoy constituyen el 7%.



Según las investigaciones de Schultes, existen en la amazonia colombiana al menos setenta plantas que podrían ser útiles para el hombre, como alimentos, medicina, aceites, gomas, resinas y ceras. La abundancia es/era tal que Schultes sabía que podrían hasta revolucionar las prácticas médicas y agrícolas.



Entrar en el Amazonas es entrar en contacto profundo con lo que la tierra es en realidad. Antes de que la civilización construyera sus ciudades, este planeta era selva, desierto, océanos, montañas, cadenas montañosas, valles, ríos, deltas, sierras, playas, acantilados; que ahora creamos que este mundo es lo que la economía internacional propone es una historia totalmente distinta. La naturaleza está detrás, esperándonos. La tierra, nuestra naturaleza, es la vida que nos ha dado la vida. Por eso, todos los pueblos de América del Sur llaman a la tierra Pachamama, Madre Tierra. Los pueblos que vivieron y, aún hoy viven, en alianza absoluta con ella, según sus ciclos y respetando su vida, saben, como el joven Karamakate, que “cada planta, cada árbol, cada flor está llena de sabiduría”. Por eso también, el joven Karamakate accederá a hacer el viaje con Theodor Koch-Grünberg únicamente respetando a la naturaleza: “la selva es frágil y si se la ataca, ella se venga. Sólo viajamos respetando”. El hombre no es superior a un árbol, a un animal, y mucho menos a una planta sagrada. La convivencia perfecta, aún con la muerte que implica vivir y

sobrevivir, no le da más poder a una especie sobre otra. Todos son iguales ante los ojos de la Madre Tierra.



En este sentido, es perfecta la elección estética de Ciro Guerra al rodar la película en blanco y negro. Una hoja de un árbol puede tener el mismo tono de color que la piel de Karamakate; el blanco de la barba de Theodor puede ser el mismo blanco que la espuma del oleaje del río. Ciro Guerra ha comentado en alguna entrevista que existen comunidades indígenas para las cuales hay cincuenta modos distintos de decir “verde”. ¿No nos regala el director, entonces, la posibilidad de sentir esa sutileza de los colores al convertir las escenas en pinturas monocromáticas? ¿No vemos acaso que una hoja es muy distinta a otra hoja, que una piedra no es igual si su estado es seco o mojado?



También, ha dicho el director que el hecho de que esté en blanco y negro “da la sensación de ver un mundo que está perdido, que ya no existe. El Amazonas que se ve en la película es recreado. Esa cultura amazónica ya se perdió casi por completo”.

La pérdida de la cultura amazónica tiene que ver con el encuentro violento con el hombre blanco europeo. Este encuentro tuvo dos direcciones: por un lado hacerse con los recursos de una tierra virgen y abundante, es decir con una colonización económica y por el otro, con imponer las costumbres europeas-españolas, portuguesas, religiosas, según fuera el caso- es decir con una colonización cultural. Ninguna de estas colonizaciones fue armoniosa, sino todo lo contrario, y se llevó adelante un saqueo territorial y cultural que terminó por exterminar gran parte de las culturas autóctonas.



El Abrazo de la Serpiente muestra este exterminio y recrea la consecuencia que la *fiebre del caucho* (1879-1912) causó, disparando el proceso colonizador y provocando transformaciones sociales y culturales.

El caucho es el jugo o látex de un árbol común en el Amazonas, que luego de un proceso de vulcanización se vuelve imperecedero, resistente a los solventes y a las variaciones de temperatura. Adquiere, luego de este proceso, excelentes propiedades mecánicas y elásticas. Antes de que se pudiera cultivar, se extraía de estas zonas. De esta manera el Caquetá y el Putumayo fueron deforestados, y hubo que avanzar hacia el Amazonas en búsqueda de nuevos lugares para explotar el caucho negro.

La caída del precio del caucho a partir del cultivo en otras zonas evidenciaron

el estado de esclavitud de los indígenas y las condiciones de vida infrahumanas a las que eran sometidos por parte de los empresarios. Engañados, embriagados y forzados, los indígenas vivían, casi de modo perpetuo, con una “deuda” que debían pagar con su trabajo esclavo. Manduca, el ayudante de Theodor, fue un esclavo del caucho, y, aunque sirvió a un hombre blanco, es ahora un hombre libre. Le dirá el joven Karamakate: “-¿Los caucheros lo han marcado?”, haciendo referencia a la profunda cicatriz que Manduca tiene en la espalda; a lo que él responderá: “-Sí, pero ahora soy un hombre libre”. El anciano Karamakate también hará mención a esta cuestión: “Caucho significa muerte. ¿Para qué lo buscas?”. Este régimen de esclavitud saqueó y destruyó el medio natural. Recién en 1876, los ingleses lograron cultivar artificialmente el caucho en el trópico, lo cual posibilitó el abastecimiento continuo y económico del material y redujo el aniquilamiento de los grupos indígenas en el Amazonas. Sin embargo, gran parte del desastre y la destrucción ya estaba hecha.



El Abrazo de la Serpiente también muestra el trabajo de las órdenes religiosas que llegaban a la selva queriendo imponer una lengua y una fe desconocidas para los habitantes del Amazonas, prohibiendo los ritos y las lenguas propias. Ante la mirada europea, esa tierra era una tierra de salvajes y caníbales que habían perdido el camino y debían ser corregidos para

volver al camino del Señor y la Santa Iglesia. El encuentro de mundos, el choque mejor dicho, provocó un proceso de aculturación y alienación de los indígenas por parte de los poderes estamentales y religiosos de Occidente casi imposible de revertir.



La película se vuelve, entonces, denuncia de las atrocidades cometidas en la selva y quiere ir al rescate de todo ese conocimiento milenario bajo la forma de mitos, plantas sagradas y naturaleza. *El Abrazo de la Serpiente* muestra la fuerte conexión con el pasado de Colombia, donde existe aún una riqueza cultural incalculable en sus pueblos y etnias. Muestra que también eso es Colombia. El gran desafío, de hecho, para el equipo, incluso después de la nominación al Oscar como mejor película extranjera y los premios ganados, fue que la película fuera proyectada en Colombia y conocer la repercusión del público colombiano.

El chullachaqui

Karamakate no tiene recuerdos. Theodor Koch-Grünberg está enfermo. Y Richard Evans Schultes no sueña. Los tres son *chullachaquis*, cáscaras de hombres, que han perdido el anclaje consigo mismos y se encuentran perdidos. Privados de emociones, privados de recuerdos, un *chullachaqui* es lo peor que le puede pasar a un hombre. Es una especie de fantasma.

Karamakate da a entender que su familia fue asesinada, que él fue llevado a una orden religiosa, donde aprendió el español, y que luego escapó, viviendo sólo en la selva. Su destino lo llevó a convertirlo en chamán y guerrero. “Para convertirse en guerreros, los cohiuanos deben abandonar todo e ir solos a la selva, guiados únicamente por sus sueños. En este viaje, en la soledad y el silencio, él debe saber quién es en realidad”.

El tiempo, la soledad, el saber que su pueblo fue destruido erosionaron su memoria, y cuando Schultes lo encuentre y le pida ayuda para buscar aquella planta sagrada, él se habrá olvidado de todo. No sabrá de qué planta le habla, no conocerá el camino hacia las montañas, El taller de los dioses: “la línea se rompió, los recuerdos se han ido. Piedras, árboles, animales; todos están en silencio. Ahora estoy vacío. Soy chullachaqui”. Incluso, en una escena se lo verá llorando: “¿cómo se me olvidó el regalo de los dioses? Se me olvidó cómo hacer mambe”.



A medida que el viaje avance, sin embargo, volverán a él algunos recuerdos. Comienza reconociendo ríos, o caminos por los que ya estuvo –cuarenta años antes, durante el viaje con Theodor. “*Mi misión era el conocimiento de mi pueblo*”, dirá, “*debo recordar, debo continuar la música de los cohiuanos*”.

Esa es su misión, y con su pueblo destruido, la única manera en que ese conocimiento continúe es enseñándole a Evans: que el indígena enseñe al blanco.

Antes de la última ceremonia con la yakruna, con el último ejemplar de la planta que existe en la selva, ya que Karamakate finalmente recuerda que él, en su juventud, destruyó el resto, le dirá que la planta lo llevará a ver a la serpiente, y que volverá como un hombre de integridad: “Usted, cohiuano”. Karamakate cumple su misión, finalmente, se transforma a él, y transforma a Evans.



Evans, después del encuentro con la planta, después de haber, finalmente soñado, se encontrará solo. Buscará a Karamakate, pero sólo encontrará de él su collar, un regalo. Evans volverá sobre sus pasos y llegará al mismo lugar donde comenzó su viaje con el chamán cohiuano. Y le ocurrirá algo que jamás soñó como etnobotánico: escuchar la música de la naturaleza. La película cierra con una bellísima escena: Evans camina sobre una roca, y despierta la compañía de las mariposas, escena espejo de aquella en la que Karamakate, aún *chullachaqui*, también merecía el regalo del vuelo de las mariposas cerca de él.

La misión ha sido cumplida, la magia ha sido realizada, el chamán puede estar tranquilo, el conocimiento no debe perderse, sino transmitirse, y más cuando es noble y bello, fundamental y

necesario para cualquier ser humano, que somos todos un poco *chullachaqui*.



Karamakate rodeado de mariposas.



Richard Evans Schultes sorprendido y rodeado de mariposas.



Título original: *El abrazo de la serpiente*
Año: 2015. Duración: 125 min.
País: Colombia

Director: Ciro Guerra
Guion: Jacques Toulemonde, Ciro Guerra
Música: Nascuy Linares
Fotografía: David Gallego (B&W)

Reparto:
Nilbio Torres, Antonio Bolívar, Jan Bijvoet, Brionne Davis, Yauenkü Migue, Luigi Sciamanna, Nicolás Cancino

Productora:
Coproducción Colombia-Venezuela-Argentina; Ciudad Lunar Producciones / Buffalo Producciones / Caracol Televisión / Dago García Producciones / MC Producciones / Nortedur Producciones